



Orlando Lübbert
GUIÓN PARA UN CINE POSIBLE
Uqbar editores
Santiago de Chile, 2009

Presentación del libro por **Héctor Soto**

El libro de Orlando Lübbert –a mi modo de ver– está llamado a marcar un hito por varios conceptos.

Está llamado a marcar un hito, por de pronto, por poner el dedo en una de las tantas llagas del cine chileno, en la llaga del guión, por la cual tantas películas han sangrado sin que hasta ahora –todo hay que decirlo– hayamos encontrado muy buenos coagulantes.

Está llamado también a marcar un hito porque este no es un libro que provenga de un crítico, lo que podría estar en el orden natural de las cosas, sino que proviene de un realizador. Esta circunstancia posiblemente explica el singular equilibrio que mantienen estas páginas entre las verdades generales y las verdades particulares, entre la abstracción y la experiencia, entre el conocimiento asociado a los libros o al manejo de archivos y el conocimiento asociado a la trayectoria de quien tiene mucho rodaje en el cuerpo por haber estado largos años ligado al oficio.

El libro de Orlando marca otro hito, también muy relevante, porque aparece además en el contexto de lo que podría ser un punto de inflexión en el debate cinematográfico de este tiempo. Aparece en un momento en que estamos confundidos, cuando son más visibles las certidumbres que están viniendo abajo que las certidumbres que están naciendo o que están resistiendo el cataclismo.

Es cierto que nunca las fórmulas simplistas fueron capaces de dar cuenta de la complejidad de la expresión cinematográfica, pero de un tiempo a esta parte pareciera que ese nunca pocas veces había sido tan perentorio como ahora.

Si el cine quiere seguir siendo un arte eminentemente narrativo, quiere seguir contando historias, se necesita, por de pronto, un guión. Un guión que estructure el relato, que permita el despliegue de personajes, que prepare el terreno para el clímax emocional de

cada historia y que dé lugar a las debidas curvas de tensión al interior cada secuencia.

La verdad es que cuesta concebir un cine sin relato. Incluso cuando no hay historia, o cuando la historia es tan mínima que casi pasa inadvertida, se requiere una estructura y un discurso. Se requiere un guión.

Lo mejor de todo es que el guión, tal como el tiempo para San Agustín, se construye sobre una gran paradoja. Si nadie me lo pregunta, lo sé. Si tengo que explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Con el guión es más o menos parecido: mientras mejor sea, más condenado esté a desaparecer en el relativo anonimato de una gran película.

El libro de Orlando introduce y procesa con notable claridad estas y otras paradojas. Lo hace con claridad pedagógica. Este es un libro que la tribu cinéfila y la gente del oficio leerá con interés, pero es además un libro que también enseña. Sería cometer una injusticia decir que este libro es la sistematización de un realizador y nada más. No, también es la de investigador y un docente. Orlando Lübbert lleva años haciendo talleres de guión, aparte de ser el director de la carrera de cine del Instituto de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, y eso se nota.

Hay un capítulo del libro –el del contexto latinoamericano– que a mí no sólo me pareció el más original sino también el mejor, porque se hace cargo de lo que significa escribir y hacer cine en estas latitudes, con las limitaciones, precariedades y restricciones que existen.

Créanme que suscribo con entusiasmo la idea que atraviesa todo el libro, en orden a que escrutando y reivindicando personajes de nuestros propio entorno el cine latinoamericano tendría magníficos insumos con los cuales nutrirse. Y créanme que me entusiasma la noción de Cine Posible como propuesta “para narrar todo lo que está por narrarse en un continente que en lo único que no es pobre es en historias”, como dice el propio Lübbert en el libro.

Yo pienso que este libro es muy valioso entre otras cosas porque no le veo mucho futuro a un cine que deje de contar historias. Y tampoco le veo mucho futuro a un cine que renuncie sin más a la emoción.

En esto en los últimos años confieso que, como cinéfilo entusiasta, me he abierto a aceptar que no podemos juzgar las películas sólo por la mayor o menor efectividad con que generen emociones. Hay películas cuyo propósito es remover la mente, no el corazón. Hay películas que quieren convencer, no conmover. Hay películas que únicamente aspiran a la contemplación o a entregar un testimonio.

En otro tiempo habría dicho que todo esto es agregado, pero que el plato de fondo siempre era la emoción. Hoy no me atrevería a afirmarlo con tanta seguridad. Pero sigo creyendo que la corriente central del cine del futuro seguirá pasando por los cauces de la emoción, por los cauces de la posibilidad de identificarnos con determinados personajes, por los cauces del mecanismo de la proyección de nuestra vida en otras vidas, por los cauces del manejo del punto de vista, que es el mecanismo a través del cual las películas nos invitan a ponernos en el lugar de otros. De otros que no somos pero que podríamos ser; de otros que no somos y nos gustaría ser e incluso de otros que no somos y odiaríamos ser.

Orlando Lubbert ha escrito un muy buen libro. Y lo siento por él. Su próxima película tendrá muchos derechos, pero ya perdió dos que son bien importantes. Perdió el derecho a estar por debajo del altísimo estándar que Lubbert se impuso el día que estrenó *Taxi para tres*, para mi gusto una de las mejores películas chilenas de la última década. Y con este libro, perdió también el democrático y muy chileno derecho a tener un mal guión. Podrá equivocarse en el casting, podrá equivocarse en la dirección de actores; podrá tener problemas de puesta en escena o de montaje. Pero no va a poder equivocarse en el guión, a menos que quiera exponerse al castigo de tener que escribir cien veces en el pizarrón lo mismo que escribiste en este excelente manual. Ya está advertido.